

## El espacio vital: un sofisma

(De *El Tiempo*, Bogotá, marzo 2 de 1942)

Los que provocaron esta luctuosa y difamatoria lucha de naciones saben muy bien que a la luz de la razón es imposible hallar motivos para justificarla. Sabían también los muy astutos que para buscarse ingenuas criaturas dispuestas a sacrificarse en una guerra de proporciones desusadas, era necesario inventar fórmulas de claridad y precisión matemáticas por medio de las cuales se pudiera, si no justificar, por lo menos hacer plausible el delito. Entre estas fórmulas figura la especie del ambicionado «espacio vital». Dentro de los datos de la más fácil investigación y a la luz de hechos de historia y de experiencia reciente la fórmula aparentemente candorosa del «espacio vital» no es más que un desventurado sofisma.

La argumentación en que se basa esta pretendida doctrina es más sencilla que sus inventores. Dicen estas criaturas: la tierra se hace cada día más estrecha; hay dos grandes pueblos en Europa y uno en Asia con una población conjunta de doscientos cuatro millones de habitantes, sin superficie proporcionada para contenerlos cómodamente y para subvenir a sus necesidades. No se puede, afirman, negar el hecho y mucho menos desconocer que hay otras naciones dueñas de grandes extensiones de tierra deshabitada o infimamente poblada, en donde podrían ubicarse millones excesivos de otras comarcas.

Ante todo no es verdad que el Japón e Italia carezcan de territorios fuera de sus límites clásicos, estrictamente nacionales. El Japón se apoderó de Corea por la fuerza en el continente asiático; recibió como especial mandato un grupo de numerosas islas en el Pacífico en su calidad de socio de la Liga de las Naciones. Se adueñó por la fuerza de Manchuria y fundó hipócritamente a su servicio un imperio destinado a formar el núcleo de sus posesiones en el continente asiático.

Tampoco es verdad que Italia careciera de espacio vital, antes de 1939. Tenía colonias en Africa tomadas unas por la fuerza, como fue la usanza en Europa durante el siglo XIX; le concedió la Liga nuevas posesiones en 1919; se apoderó de Abisinia desafiando a la Liga y obtuvo en ese atentado la complicidad del gobierno de Laval en Francia. Estaba ya gozando de la condescendencia de la Gran Bretaña para el uso del botín, favorecida por el partido de Chamberlain, cuando se incendió la guerra que buscaban los propugnadores del espacio vital.

El caso de Alemania es más puro y más sencillo. Le habían quedado después de su guerra «fresca y alegre» de 1914 unos sesenta y ocho millones de habitantes. Se había quedado sin colonias. Las leyes de

inmigración le cerraban por todas partes la entrada a los alemanes en tierra extraña. Los mercados que ella poseyó casi sin disputa eran ocupados parcialmente por otras naciones industriales. Alemania había tenido colonias en Africa y su hoja de servicios en tales actividades no fué de las más limpias. Para suprimir una rebelión de los Hereros suprimió íntegramente y de acuerdo con sus antecedentes científicos toda la raza. Importa añadir que la cantidad de alemanes enviados o emigrados a sus colonias de Africa eran un número exiguo, comparado con el rumor de sus quejas y el aumento, según decían ellos, de la población. Más alemanes iban cada año a la América del Norte y del Sur que a las codiciadas colonias de Africa. Tampoco Italia aprovechó de sus colonias de Africa para enviar allí gente, a pesar de sus insinuaciones acerca del espacio vital. Más bien que a Cirenaica, Eritrea y demás posesiones coloniales, el italiano emigraba a Norte América y hacía de New York la ciudad más poblada de italianos del orbe entero, o iba a plantar sus reales a Buenos Aires sumisamente resuelto a enriquecerse.

Mas se arguye: en verdad los alemanes e italianos emigran a América pero allí pierden la protección de sus gobiernos, no pueden servir desde allí a la patria y algunos llegan a nacionalizarse. Pierden la protección de sus gobiernos, es decir, la obligación de pagar tributos insostenibles, el servicio militar y otros deberes. Se libertaban de la presión enorme del sistema capitalista llevado al extremo e iban a vivir bajo leyes más benignas y a gozar de libertad para usar de su vida según sus talentos e inclinaciones.

Demás de esto, dicen adoloridos, nuestras naciones se despueblan y quedan expuestas a ser sojuzgadas por sus vecinos. Se despueblan, dicen. Echemos una ojeada sobre los hechos, según nos los suministran las cifras. Europa, a principios del siglo XIX, contaba su población y le daba el censo 190 millones de habitantes. Las cifras que arrojaban los censos de varios países europeos antes de las empresas bélicas de Alemania y de Italia, para evitar su despoblación, mostraban un total envidiable de 519 millones de habitantes. En un siglo la población había aumentado en 273 por ciento. Nunca se había visto por esos lados un crecimiento semejante. Lo que es más raro, atendiendo a la opinión de expertos en estas materias, es que el desarrollo vigoroso de la población en este caso es debido precisamente a la emigración. Cuando se expatrian millones de europeos para venir a América aumenta la población de aquella parte del mundo en una proporción mayor que la de América. La inmigración por sí sola no es causa forzo-

sa de aumento de la población. Hay en América un situación a este respecto más elocuente que las cifras. Colombia (la parte de territorio que hoy lleva este nombre) tenía al terminar la guerra de independencia más o menos la misma población que la Argentina de entonces. La república del sur es dueña de una superficie territorial doble de la nuestra, con las más propicias condiciones para la agricultura y la ganadería. La emigración latina de Europa y parte no despreciable de las de otras razas hizo del Plata la zona de refugio en sus peregrinaciones. A los cien años de vida, Colombia, sin inmigración que valga la pena de ser tenida en cuenta, con terrenos desfavorecidos por la naturaleza, aislados entre sí y de las rutas del comercio del mundo, tiene hoy diez millones de habitantes, frente a doce millones que dan los registros de nuestra próspera y cultísima hermana del mundo austral. La inmigración no ha contribuido allí sino en escasa proporción el aumento del número de los habitantes. Si la inmigración fuera coeficiente seguro de aumento, la población de Argentina debía de ser doble a la de Colombia, por lo menos.

Al echar la vista sobre Europa pueden hacerse análogas consideraciones. Allí se ve que las naciones donde el aumento de población señala el índice más alto son precisamente aquellas donde el número de habitantes es más elevado. La población crece a medida que es mayor el número de emigrantes. Parece un contrasentido, pero no lo es. Al aliviarse de competidores los que se quedan en la patria gozan de mejores condiciones de vida que naturalmente contribuyen al aumento de la población, sin contar con que el emigrante, una vez establecido en su nuevo hogar, contribuye directa o indirectamente a mejorar la condición de sus compatriotas. Los españoles emigrados a la Argentina y establecidos allí, enviaban anualmente a España, antes de la crisis del año 29, seiscientos millones de pesetas, no depreciadas.

No hay que perder de vista que los adelantos de la técnica le arrebatában también su importancia a las corrientes migratorias. Hoy no hay terrenos estériles para la agronomía. No es la calidad del terreno lo que hace mezquina la producción agrícola en algunos segmentos de la esfera terrestre, es la calidad del propietario latifundista.

El aumento de la población europea en la segunda mitad del siglo XIX se debe principalmente a la técnica y al trabajo de América. En el siglo antepasado Europa no podía aprovecharse de los trabajos y productos del americano por la lentitud y escasez de los medios de transporte y las miserables restricciones de poderes coloniales. El vapor, el barco de acero, la máquina de explosión interna hicieron posible que el hombre de las zonas templadas del norte pudiera consumir a precios de holgura los resultados del trabajo en el trópico y en las tierras australes de América. La rapidez de los transportes puso el banano, el maíz, las patatas de América, la carne congelada, los huevos, al alcance del sueco, del alemán, del italiano. No es preciso que una raza determinada domine políticamente en ciertos territorios para que se cumplan estos fenómenos de progreso. Lo indispensable es que haya libertad en todas partes. Libertad sana y cierta.

Por último, ¿que importa el espacio vital para naciones donde la producción sobrepasa las necesidades inmediatas de la población? Rumanía quema su trigo para calentarse. Italia arroja al mar las excesivas cosechas de uva; Alemania contemplaba en las calles

COMPRESUS MUEBLES EN LA

Mueblería EL HOGAR,

Situada 200 vrs. al Este de la Iglesia del Carmen.

Apartado 1384

— Teléfono 3339